

En medio de sus pesares, un día se encuentra en la escuela con Lirio, un niño negro como un trozo de noche, absolutamente negro, también desgarrado por la incompreensión de sus progenitores y de cuantos lo rodeaban. Mueren ambos en la noche de Navidad, dejando tras de sí una historia de tópicos, intolerancias, incompreensiones, de dolor y amor... Un final que, entre radicales contrastes, cuestiona a chicos y grandes, con un llanto que no puede hacer retroceder el tiempo hacia atrás, pero que sí puede marcar el futuro de chicos y grandes para que no esté signado por los mismos errores.

Y, por último, "El Cenizo (un ataúd por Navidad)" (pp. 55-85), describe la acibarada vida de Cenizo, un carpintero que ha de fabricar un ataúd la tarde de Navidad. Sus complejos y tristeza lo sumen en el resentimiento. El relato concluye con el fulgor de un milagro que atraviesa la noche de Navidad.

En definitiva, la publicación recopila un trío de narraciones con estilos diversos, en las que, sin ambages, se siente el palpitante del genuino corazón navideño, que aparece cuando se libera a la Navidad de las adherencias que el consumismo y los anuncios le han adosado cual piedra pesada, para entenderla en su cristalina pureza: no solamente desde la emoción de unos sentimientos, que también, sino sobre todo, a partir de la benevolencia amorosa de Dios, que se inclina hasta nuestros límites, hasta nuestras fragilidades, hasta nuestras miserias, y se anonada en aras de nuestra salvación. Lo aprendemos de San Pablo, cuando afirma que Jesucristo, siendo de condición divina, se despojó de su rango, tomando la condición de esclavo y pasando por uno de tantos (cf. Flp 2, 6-7). El Hijo de Dios se abajó en Belén y más aún en el Calvario, descendiendo incluso hasta los infer-

nos para devolvernos la felicidad que nos fue arrebatada.

Este libro se puede leer en soledad, pero mejor si se disfruta en familia, dejando que su tañido resuene en quienes, reunidos en torno a una mesa, han renunciado a la superficialidad de una Navidad de pandereta, a la trivialidad que la reduce a la espuma del cava, y elevan sus almas hacia lo alto, donde Cristo da un sentido a nuestras vidas.

Agradecemos a la BAC que haya traducido esta joyita literaria del francés. Su lectura pausada abre nuestro interior a la gracia, y lo hace con finos y perfilados rasgos, para que nos inunde aquella certeza que envolvió a los pastores en la noche santa de Belén, cuando descubrieron que el amor de Dios no se olvida del hombre que padece, del hombre que transita por caminos tortuosos, del hombre sediento de plenitud. O también aquella humildad que llevó a los Magos venidos de oriente a postrarse ante un Niño, comprobando que Dios está cerca de nosotros y quiere recorrer con nosotros los senderos de la vida para conducirnos al cielo, donde ya no habrá ni tristeza, ni angustia, ni escarnio ni desolación.

FERNANDO CHICA ARELLANO

Santiago MARTÍNEZ SÁNCHEZ, *Párrocos, obispos y Opus Dei. Historia y entorno de la Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz en España, 1928-1965*, Rialp, Madrid 2025, 702 pp.

La historiografía española, en el ámbito de la historia religiosa, ha conocido en los últimos años un amplio desarrollo, que ha venido a subsanar muchas lagunas que venían lastrando su plena madurez, hasta lograr equipararla a los trabajos de investigación que se vienen haciendo en otros países de nuestro entor-

no. Sin embargo, aún existen aspectos que adolecen de estudios en profundidad; uno de estos ámbitos es el referente a la vida del clero secular español contemporáneo, aún muy necesitado tanto de buenas biografías individuales como de análisis colectivos, estando en este campo muy lejos de las excelentes obras que se han publicado en países como Francia o Italia. A pesar de ello, quizá no con el ritmo que sería deseable, van apareciendo algunas monografías que, poco a poco, colaboran para lograr superar estas lagunas.

En este sentido es preciso valorar muy positivamente la obra del profesor Santiago Martínez Sánchez, *Párrocos, obispos y Opus Dei. Historia y entorno de la Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz en España, 1928-1965*, publicada por la Editorial Rialp a comienzos de 2025. El profesor Martínez Sánchez, doctor por la Universidad de Navarra en 2003, con la tesis *El cardenal Pedro Segura y Sáenz (1880-1957)*, dirigida por el doctor Gonzalo Redondo, publicada más tarde con el título *Los papeles perdidos del cardenal Segura (1880-1957)*, conoce, como pocos estudiosos en España, el devenir del clero en nuestro país a lo largo del siglo XX. Su tesis, centrada en la figura de un personaje clave en la historia política, eclesial y social de los años veinte, treinta, cuarenta y cincuenta del pasado siglo, ofreció un modelo de las grandes posibilidades que albergaba la recuperación del estudio biográfico de los miembros del episcopado español; otras biografías posteriores, como la del cardenal Gomá o más recientemente la de Marcelino Olaechea, han seguido la pista trazada por la suya, superando el tradicional y denostado modelo de la biografía hagiográfica, permitiendo así, desde el estudio del personaje, el de su con-

texto histórico. Tras esta obra, el profesor Martínez Sánchez ha continuado su labor investigadora pasando al ámbito colectivo de los obispos españoles en diversas facetas, como su actuación ante la represión franquista o su actitud frente al Opus Dei. El desarrollo de la Obra en España, así como alguno de los aspectos de la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer han sido otra de sus líneas de investigación principales.

Con este bagaje, Santiago Martínez ha asumido la elaboración de una obra que se puede calificar de magna, por su extensión, profundidad y calidad. En el marco de estudios que irán configurando el centenario de la fundación del Opus Dei (1928) y que ya ha dado varias obras notables que enriquecen la historiografía española, el trabajo del profesor Martínez nos muestra uno de los aspectos esenciales del desarrollo del Opus en nuestro país, especialmente a partir del año 1952, cuando, con la aprobación de la Santa Sede, los sacerdotes diocesanos pudieron vincularse con el Opus. Es por ello que su estudio no se circunscribe en exclusiva a la historia de la Obra, sino que, desbordando ésta, nos ofrece un panorama amplio y rico, acerca de la situación del clero español a lo largo del siglo XX, hasta la celebración del Concilio Vaticano II, que traería, en medio de los aires renovadores que promovió el Concilio, una profunda crisis entre los sacerdotes españoles, derivada de la compleja recepción del mismo en una España envuelta en hondas transformaciones económicas, sociales y culturales, en el marco de los últimos años del franquismo y las conmociones políticas que lo acompañaron y que no dejarían de reflejarse también en el seno de la Iglesia española. El estudio se detiene aquí, en la celebración de la asamblea conciliar, dejando para fu-

turas y prometedoras investigaciones lo sucedido en los complicados años del tardofranquismo, la Transición y la democracia.

El libro no es, por tanto, sólo la historia de la Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz en España, sino también, un análisis de la sociología, la espiritualidad, las dificultades, anhelos, pastoral del clero español, dentro del cual la aparición de dicha Sociedad significó un momento de renovación, pero también de reticencias y rechazos, tanto desde los propios sacerdotes como desde el episcopado. Es, por ello, una excelente aproximación a la situación del clero de todo el país, ampliando así el foco de los estudios parciales —por limitarse a ámbitos diocesanos y en periodos temporales más acotados— del profesor González Gullón para Madrid o los míos para Toledo, entre otros.

El libro está estructurado en diez capítulos, tras una Introducción, en los que la mirada se va, poco a poco, centrando en la vida de los presbíteros pertenecientes a la Sociedad, a partir del estudio de la renovación de la espiritualidad del clero diocesano a comienzos del siglo XX, analizando el magisterio de los pontífices y el desarrollo de los Institutos seculares. El segundo capítulo resulta de singular interés, pues muestra la caleidoscópica realidad del clero rural español durante la posguerra; un estudio que puede servir de base a profundizaciones posteriores de ámbito diocesano, ofreciendo una gúfa que puede dar resultados muy ricos. No hay que olvidar que la España de posguerra era un país eminentemente rural, en el que el despertar vocacional tras el conflicto hizo que abundara un clero joven, que se hacía presente en la vida de los pueblos y aldeas como un protagonista principal y un punto de referencia. Unos sacerdotes que, salidos del seminario car-

gados de ilusiones y afanes apostólicos, muchas veces tenían que afrontar la soledad, el tedio, la falta de respuesta de unas gentes acostumbradas generalmente a la rutina religiosa. Sacerdotes que tenían dificultades para seguir formándose, para crecer en vida espiritual, en los que podía arraigar pronto la mediocridad; a estos se dirigiría la Sociedad sacerdotal para tratar de acompañarles en un renovado deseo de santidad sacerdotal, puesto como ideal no sólo de los religiosos, como habitualmente se venía haciendo, sino también como algo propio de los sacerdotes seculares en su vida ministerial y pronto, como recordaría el Concilio, como la vocación de todo cristiano.

El tercer capítulo sigue abundando sobre la situación de dicho clero rural, presentando las respuestas que, ante estos retos para la vida de los sacerdotes, fueron surgiendo desde las diócesis, con la aparición de revistas destinadas a su formación, como *Incunabile*, junto a otras obras, además de las variadas Instituciones, tanto diocesanas como nacionales, que trataron de ofrecer vías de socialización sacerdotal, en un contexto de profunda renovación sacerdotal, pues tras el asesinato y martirio de miles de sacerdotes durante la guerra, se era consciente de que no bastaba cubrir el vacío producido por dichas muertes, sino que urgía que los supervivientes se renovaran. Entre las iniciativas destacó el Movimiento sacerdotal de Vitoria, surgido ya de modo embrionario en los años treinta, en torno al sacerdote Rufino Aldabalde; asimismo se desarrolló con fuerza la corriente avilista, recuperando la figura y la espiritualidad del por entonces beato Juan de Ávila, nombrado en 1946 patrono del clero secular español. Los avilistas buscaron popularizar entre el clero la corriente espiritual y pastoral que en el siglo XVI ha-

bía sido fuente de fecunda renovación. Otras iniciativas estudiadas por el profesor Martínez Sánchez son las de los grupos sacerdotales amicales, de carácter informal y espontáneo, y los equipos sacerdotales.

En el capítulo cuarto se nos presenta la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer y su labor como promotor de la renovación sacerdotal, ya desde antes de la guerra civil y sobre todo, tras el conflicto, con la fundación de la Sociedad sacerdotal. En el capítulo quinto se hace el estudio sobre los sacerdotes que, como numerarios, se fueron integrando en la misma, analizando su formación humana y espiritual, tanto antes como después de la ordenación, así como su demografía entre 1950 y 1965, que nos ofrece a través de unos cuidadosos cuadros.

El capítulo sexto se centra en cómo los obispos españoles percibieron la creación y desarrollo de la Sociedad sacerdotal. Uno de los elementos básicos que ésta quería inculcar en el clero era el de la obediencia al propio obispo, como parte esencial de la espiritualidad diocesana, que facilitaría la disponibilidad para el trabajo apostólico. No obstante, la acogida episcopal fue variada, desde aquellos que la recibieron de modo entusiástico, los que la miraron con interés o curiosidad, o quienes la rechazaron de plano. Un estudio que se desarrolla en cada una de las provincias eclesásticas. El siguiente capítulo trata de responder a la cuestión de la desigual expansión de la Sociedad en España; entre ellas está el surgimiento de una opinión hostil entre parte del clero, que veía en la pertenencia a la Sociedad una pérdida del carácter diocesano del presbítero. El octavo nos muestra cómo fue recibido, transmitido y vivenciado el nuevo carisma del Opus Dei entre los sacerdotes que se integraron

en la Sociedad; éste último aspecto, la vivencia, se concreta, en el capítulo nueve, en historias singulares, presentando diferentes ejemplos sacerdotales a lo largo y ancho de la geografía nacional. Para concluir, el capítulo décimo busca sintetizar los aspectos básicos estudiados a lo largo del libro, en qué consistió y cómo se articuló el mensaje que la Obra dirigía al clero. El Opus ofreció cauces de renovación sacerdotal que coincidieron con el nacimiento de otras instituciones, movimientos y corrientes que, sin embargo, en su inmensa mayoría, no lograron superar la crisis posconciliar, cuando el proyecto de santificación personal del sacerdote fue sustituido por el del compromiso social y temporal, en medio de una creciente oleada de secularizaciones y abandonos del ministerio. Un elemento central en la vida del presbítero era el de santificar su trabajo, y en esto la Obra ayudó a los clérigos en aspectos tan diversos como el cuidar los templos materiales —muchos en situación lamentable tras la guerra—, el cuidado del Pueblo de Dios y el de la Iglesia particular y la familia espiritual. Otros ámbitos fueron el del cuidado de la vida interior y también el de aspectos humanos, necesarios para la vida equilibrada del sacerdote.

La obra de Santiago Martínez se presenta como un hito en la historia del clero secular español, un magnífico ejemplo que debería servir de aliciente para otras obras similares, bien de ámbito nacional, bien de carácter local. No se puede entender la vida española del siglo XX, sobre todo la vida cotidiana de las poblaciones rurales, sin la presencia del cura, personaje central en el día a día de todas ellas, punto de referencia espiritual pero también social; una figura que vemos en cualquier película o novela ambientada en ese marco ante de los años sesenta.

Objeto de críticas, de burlas o de alabanzas; promotor de obras sociales o religiosas; aliado o enfrentado a los poderes locales, el cura español rural es un elemento inseparable de la historia de los pueblos y ciudades de aquella España, por lo que es preciso continuar la senda de estudios sobre el clero, su formación, su labor, no sólo en los difíciles años treinta, sino durante los previos de la Restauración y dictadura de Primo, y los duros y esperanzadores de posguerra. El profesor Martínez se ha centrado en un aspecto muy concreto, la vinculación de algunos de ellos a la Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz, pero abre pistas muy interesantes sobre otras dimensiones.

El libro, además de aportación historiográfica de primera categoría al ámbito de la historia religiosa en España, puede servir de punto de reflexión ante la situación del clero español en la actualidad, tras la honda crisis vivida a lo largo de los años sesenta y setenta, en un marco profundamente transformado, que poco tiene que ver con el de aquella España rural de la que era inseparable la imagen típica y tópica del cura de pueblo, bonachón y campechano, con su sotana y su boina.

MIGUEL ÁNGEL DIONISIO VIVAS

Mariví GARCÍA JIMÉNEZ, *Conversaciones con Sebastián Gayá*, Editorial Biblioteca de Autores Cristianos (Colección Popular 276), Madrid 2025, 310 pp.

Sebastián Gayá Riera nace en Felanitx (Mallorca) el 30 de julio de 1913 y al día siguiente es bautizado. En su infancia su familia partió a Argentina en busca de una vida mejor, pero a los 13 años Sebastián sintió la vocación sacerdotal y volvió a Mallorca para ingresar en el seminario de Palma. Fue ordenado sacerdote

el 22 de mayo de 1937. Fundó en 1944 la Escuela de Propagandistas del Consejo Diocesano de los Jóvenes de la Acción Católica. En la escuela Gayá con Eduardo Bonnin Aguiló (1917-2008) y otros jóvenes pondrán en marcha un nuevo método evangelizador que se extendería por todo el mundo a través del *Movimiento de Cursillos de Cristiandad*, que tanto bien ha hecho a millones de personas. En 1957 se trasladó a Madrid y participó en la fundación de la Hermandad de Santa María Espejo de Justicia, destinada a ayudar a familiares de magistrados, que dirigiría durante 25 años. En 1977 creó en Madrid la fructífera Escuela de San Pablo, donde fue responsable de la formación espiritual de los dirigentes de Cursillos. Lo que definió su vida fue la constante actitud de marcha, el lema de su vida: "Levanta cada mañana la bandera de la ilusión". A lo largo de su ministerio presbiteral desempeñó diferentes funciones entre las que destaca la de Canciller Secretario del Obispado de Mallorca y Viceconsiliario del Secretariado Nacional de Cursillos. El 10 de marzo de 2005 fue nombrado por san Juan Pablo II Prelado Doméstico de Su Santidad. Al final de su vida se retiró a Mallorca, su tierra natal. Falleció el 23 de diciembre de 2007, con 94 años de vida entregados a hacer presente a Cristo en medio del mundo. Fue sepultado en el Monasterio de San Honorato (Mallorca), lugar donde se celebró el primer Cursillo de Cristiandad en 1949. Son muchos los que desean verlo pronto en los altares.

El libro que ahora nos ocupa glosa de diferentes formas la vida y apostolado del presbítero Gayá y su relación con el nacimiento y propagación del Movimiento de Cursillos de Cristiandad. Ambos polos están tan íntimamente vinculados que con mucha dificultad, por no decir impo-